

tercambio de ramilletes, manos encontradizas, ojos denunciadores. Mi tía Sandalia, desde lejos, me hacía señas interrogativas y yo me encogía confuso, como si nada tuviera que ver con aquello. A lo mejor, rompió á contar Maltancito su aventura picaresca del día anterior, y la mesa se alborotó, se retorció de risa, aplaudió con furia. ¡Vaya!, ¡no era para menos! Se trataba de un baile de candil, cuya entrada forzaron él y su huete, apaleando á los hombres, besando á las chicas, rompiendo los muebles y por remate echando al pozo el piano de manubrio, los abrigos y los sombreros de todo Cristo. ¡Qué gracia!, ¡qué listeza! ¡El demontre de Maltancito! El entusiasmo inflamó al mismo ministro, á quien el vino y misia Candela tenían mareado, y pidió que le tradujeran aquel trozo de literatura criolla en que la chispa y la educación indígenas se mostraban en todo su esplendor.

D. Isaías, que presumía de poliglota, lo tradujo á su manera, y el britano casi se ahogó; se puso de pie, levantó su copa y brindó por los muchachos alegres y las niñas *ponitas*. ¡Qué triunfo más colosal el de Maltancito! Estuvo interrumpido el servicio y quietas las manos negras hasta que cada comensal hubo reído bien y saboreado la gracia del insuperable bufoncillo.

Yo no apartaba la vista de Delfina. La satisfacción, el gozo franco, el orgullo que la noche de mi derrota busqué inútilmente, salían ahora á su rostro como los carmíneos arreboles que produce la emoción. No, no me quedaba duda ninguna. Aberración, capricho, lo-

cura, Delfina amaba á aquel ente que tan despreciable y ridículo me parecía. Una vez más la lógica femenina volvía por su crédito.

Acabó el almuerzo muy entrada la tarde, y como la alegría andaba suelta, se buscaron dos guitarras, que no faltó quien las pulsara á maravilla, y en la explanada que delante de la glorieta tendía su alfombra de grama aterciopelada, Delfina y Arminda bailaron *gatos, cielitos y pericones*, con muchísimo salero, y cantó *tristes* Maltán, muy aplaudidos, que yo, por no oírlos y por no ver al ministro ensayar un paso con misia Candela, me fui donde primero, contemplando el río, me enternecí al punto de llorar la traición que sospechaba, esta vez con Paulita, que ella y yo éramos las dos únicas personas formales de la reunión.

¡Cuántas veces, en el locutorio de las Catalinas, hemos recordado con mi prima monja aquel apartamiento nuestro y sus consejos infantiles al son de las guitarras lejanas y del más grato del agua que nos lamía casi los pies!

—¿Sabes lo que yo pienso, Juanito de Dios?, que debes hacerte cura, como yo me voy á hacer monja, cuando sea grande. Eres demasiado serio para otra cosa. A ti te sienta más la sotana que una guitarra, por ejemplo, y decir misa que contar los chistes de Maltancito.

¡Ay!, ella tenía la santa vocación y yo no. Desgraciadamente, no.

Que lo diga sor Angélica, á quien he llegado á con-



sultar acerca de esto, con sincera franqueza. Ella está de acuerdo con cuanto aquí confieso. Me faltaba, lo repito, la esencia divina, y sin el *quid* que pone alas al



... me fui con Paulita orillas del río

miserable cuerpo de arcilla, no habría pasado de un patán de misa y olla, á pescozones con los hábitos y sus votos.

Estábamos, creo, en que me fui con Paulita orillas del río. Allí me acometió el impulso suicida de siempre; mas no me zambullí, por supuesto, primero porque fuera dar gusto á la traidora y á su payaso, luego por-

que habría asustado á la niña y dado fin deplorable á la fiesta. Me contenté con suspirar y mirar el agua, tan negra como el cielo y como el humor mío. Todo era negro aquel día, y como en la mesa del almuerzo, me parecía que negras zarpas me rodeaban, de ocultos enemigos, amenazadoras. Charla que charla la niña, y yo suspira que suspira, allí quedamos como dos bobos que sé yo cuánto tiempo, seguros de que nadie nos había de echar de menos; la zambra de guitarras continuaba y la chillona voz de Maltán, los palmoteos y las risas.

Vimos, en esto, que bajo los árboles venían departiendo mi tía Sandalia y misia Candela, y al punto adiviné yo de qué hablaban y por qué se mostraba sofocada mi tía y contrariadísima la de Daver: sin duda ninguna trataban de mi asunto, de los desaires que se me habían hecho, á mí, que al fin y al cabo era también un Tejera; y queriendo dejar campo libre á mi tía para que depurase hechos y formalizara responsabilidades, aunque nada positivo esperaba en mi favor ni resuelto estuviera á admitirlo después de lo descubierto, cogí á Paulita de la mano, y por el lado opuesto á la dirección que las dos damas traían, trepamos ligeramente y fuimos á dar un vistazo á nuestros caballos, que poco debía faltar para el regreso.

En efecto, hacia las caballerizas comenzaron á afluir los excursionistas en alegres bandadas, y junto á mí pasó Delfina con Maltán, sin que yo la mirara, ni ella tampoco. Luego los papás Daver, y Arminda y Justa.



y mi tía Sandalia y el ministro y todos los demás... Las que ocupaban las volantas, y con ellas Paulita, muy cansada para volver cabalgando, marcharon primero; detrás nosotros en el mismo orden que á la venida, con la diferencia que, tan pronto como salimos de la quinta, mi tía Sandalia quedó rezagada á posta y se puso á la cola de la comitiva, junto á mí.

Comprendí que mi tía Sandalia quería hablarme, y cedí á su deseo aproximando mi caballo al suyo. Y galopando ambos, he aquí lo que hablamos aquella triste tarde de primavera:

— ¿Qué ha sucedido, Juanito?, explícame, que bueno es oír á las dos partes.

— Por la mía nada, Sandalita; no sé más que lo que usted habrá visto.

— ¿No has insistido en tus teorías estrechas? ¿No te has mostrado más intransigente, más puritano?..

— No sé... De todos modos, yo no puedo hacerme de otra manera.

— Pues Candelita no me da más explicaciones que tú. Porque la conducta de Delfina me ha extrañado tanto, que, por el cariño que te tengo y el pesar del berrinche que debías estar sufriendo, me creí en el caso de interrogar á Candela... No sabe nada. Ni siquiera se ha enterado de tu afición por Delfina, á la cual, salvo los respetos de nuestra cordial amistad, se hubiera opuesto á su tiempo, porque, francamente, ni tu carácter le agrada, ni lo del niño le parece muy claro...

— ¿Y qué mejor explicación desea usted, Sandalita?



Cedí á su deseo aproximando mi caballo al suyo



— dije yo, que no sé cómo aquel golpe de maza no me derribó del caballo; — ahí está todo explicado, que no hace falta echarle agua.

— Me espanta tu frescura — exclamó mi tía dando con el látigo al bayo y descargando así su enfado; — ¿entonces no quieres á Delfina?

— Oiga usted, Sandalita: si el amor es ceguera, vértigo, locura, no, porque yo sigo siendo dueño de mí mismo, razono y conservo los ojos libres de todo estorbo; ni Delfina, ni cien Delfinas me harían hacer lo que mi conciencia rechazara... Si es dulce afecto, ansia de reciprocidad, anhelo de dichas comunes, abnegación, sacrificio, sí... Es decir, la he querido hasta hoy; desde hoy Delfina ha dejado de existir para mí, ¡mi soñada Delfina ha muerto!

— ¡Amor que reflexiona no es amor! — dijo sentenciosamente mi tía; — con ese sistema polar de que te vales, poco vas á enamorar. No extraño que te hayan birlado la novia.

Yo callé y mi tía prosiguió:

— Porque, á la verdad, me vas resultando más difícil de colocar que un trasto viejo. Eres una alhaja tan costosa que no hay quien la compre. Delfina es rica, sin embargo...

— Nunca lo he reparado — interpuse yo sinceramente; — fuera pobre y lo mismo me pareciera.

— ¡Candidez, bobería! ¡No acabaré nunca de criarte! Pues hay que reparar en esas menudencias, sí, señor. Tú tienes una buena posición que, con el tiempo y la



buena administración tuya, mejorará; casado con Delfina, ¡figúrate!, por eso me metí á casamentera, he tratado de allanarte el camino... Pero tú, empeñado en idealizarte, has acabado por asustar á mis amigas, que desean, como todas, un joven corriente, humano, *humano*, atiende bien, comprensible, accesible. Te has presentado á Delfina envuelto en una capa de nubes, ser extraño que no toca el suelo con los pies, y la muchacha, sorprendida de tal fantasma, huyó de ti. Naturalmente, un joven que recoge niños huérfanos y predica sermones morales, ¡hombre, por Dios!, convéncete que esto no pega en sociedad ni con cola; convéncete que siempre harás el ridículo y darás tumbos tan graves como éste de que te haya desbancado Maltancito, si no cambias, si no te muestras peor de lo que eres. Vamos – añadió mi tía sonriendo á pesar de su contrariedad, – ensaya, ¿por qué no ensayas? Tu broma del otro día me parece bien: te autorizo á que la pongas en práctica, ¿no? ¿Se te hace demasiado fuerte?, es cierto que no todos beben... Bueno, pero no necesito insistir para que me comprendas: si te mostraras de otro modo, bajo otro aspecto más *social* diré, aún podríamos desquitarnos del contratiempo de hoy, que no es definitivo; con la sola verdad se desarma á Candelita, y en cuanto á Delfina, cuyas coqueterías con Maltán considero pasajeras y de puro capricho, te encargarías tú de reconquistarla descendiendo de tu nube, nada más, que gallardo mozo eres y eso no hay quien te lo quite.

– No, Sandalita – respondí tranquilamente, – ni usted ha de intentarlo, ni yo tampoco. Delfina no me interesa ya. Es figura de barro que, al caer de mi corazón, se ha roto en pedazos. Allá va, á la carrera, loca, inconsciente del mal que ha hecho, gozosa quizá de haberlo hecho. Dejémosla. Esa no es la Delfina que yo soñé, la esposa y la madre que yo esperaba. Créame usted, Sandalita: cuando para Maltán estaba, por algo será.

– Hijo, eres el hombre más raro del mundo.

Y dió al bayo un par de latigazos y se adelantó contrariada, poniéndose á la cabeza de la columna como un relámpago. Yo seguí cabizbajo, y ya no levanté cabeza hasta que la noche nos cayó encima y entramos en la ciudad desbandados, fatigadísimos los más, contentos todos, y yo, el único, triste por haber perdido mis ilusiones en el camino...

Así acabó aquella fiesta memorable. Después de porrazo tan doloroso, no habían de sobrar ganas para presentarme en la tertulia y hasta sentí pruritos rebeldes que mi tía condenó vivamente, echándome en cara mi falta de mundo:

– Al contrario, tonto, inocentón: mayor asiduidad ahora que antes y más amable con ellas y con todos. Si te atufas, es darte por aludido. ¡Que vengas, Juanito; que si no vienes, te pego!

Fuí, mas no para sentarme bajo las cornucopias con Delfina, ni ofrecer ocasión á misia Candela para sus tiradas burlesco-sentimentales y á D. Isaías para que me comunicara cuántos sacos de café brasile-